

## Prioridades Nacionales

# Que Regrese don Pascual

POR LORENZO MEYER

**P**OR mucho tiempo se ha considerado al ingeniero y general michoacano Pascual Ortiz Rubio como el más intrascendente de todos los Mandatarios del México posterior al triunfo de la Revolución. Su contrincante, el formidable José Vasconcelos, lo opacó y le dejó como herencia la sospecha de un triunfo fraudulento. El día de su toma de posesión, el 5 de febrero de 1930, don Pascual sufrió un atentado que lo puso fuera de circulación un tiempo y lo llenó de temores. Cuando finalmente se incorporó a su trabajo, el general Plutarco Elías Calles —el "Jefe Máximo"— ya le había comido el mandado, pues era él quien dominaba de arriba abajo todo el proceso político. Imposibilitado para ejercer realmente sus poderes, el Presidente, al que la voz pública bautizó como "El Nopalito", renunció a su cargo el 2 de septiembre de 1932, dos años antes de lo programado. Bueno, pues cómo estarán de oscuros los tiempos que corren, que hoy la opaca figura de don Pascual resulta brillante.

★

**E**N efecto, pese a todas sus fallas —y en dos años y medio de gobierno Ortiz Rubio acumuló muchas— y pocas virtudes, don Pascual tuvo una que hoy escasea: cuando en 1930 el embajador norteamericano, el dinámico, negociador y entrometido Dwight W. Morrow, le pidió que siguiera las recomendaciones de un estudio hecho por expertos extranjeros y disminuyera el gasto público —gasto social y de inversión— para destinar esos recursos al pago de la deuda externa, el "Nopalito" le dijo que no. El embajador sufrió una terrible desilusión y se fue

de México, pero la construcción de caminos y presas siguió adelante y a nuestro país no le pasó nada.

Morrow, como antiguo miembro de la casa bancaria J. P. Morgan —la misma que hoy está desempeñando un papel central en el cambio de unos bonos de la deuda externa mexicana por otros—, andaba sumamente interesado en lograr el pago de la deuda externa mexicana, deuda cuyo servicio estaba suspendido desde 1914, cuando el general Victoriano Huerta prefirió usar los escasos recursos del erario en resolver su problema interno

—tratar de acabar con sus enemigos constitucionalistas— que en pagarle a bancos extranjeros.

Al concluir la lucha armada, y como requisito para normalizar sus relaciones con las grandes potencias, los gobiernos presididos por los revolucionarios sonorenses intentaron negociar un acuerdo con los banqueros extranjeros, para determinar las condiciones de la reanudación del pago de la deuda externa —que según el primer acuerdo de 1922 ascendía a 508.8 millones de dólares, suma que hoy puede parecer ridícula, pero que entonces equivalía a cuatro o cinco veces el presupuesto del Gobierno Federal de un año.

★

**P**ESE a todas las buenas intenciones de los sonorenses —deslumbrados por los logros del capitalismo norteamericano—, ni el primer acuerdo de 1922 ni los posteriores de 1925 y 1930 se cumplieron. En cada uno de los casos, los dirigentes mexicanos de entonces decidieron anteponer las necesidades internas —que iban desde aplastar rebeliones o hacer frente a los problemas fiscales creados por la Gran Depresión Mundial de 1929— a satisfacer las demandas de la banca internacional. Fue así como incluso el conservador y poco aventurado Pascual Ortiz Rubio desoyó en 1930 la petición de Morrow y al año siguiente se negó a iniciar el pago de la deuda en las condiciones que había pactado un año antes su secretario de Hacienda, Luis Montes de Oca. Finalmente, al iniciarse 1932, don Pascual ordenó que se informara al aparentemente poderoso Comité Internacional de Banqueros que, a causa de los efectos de la crisis mundial, México de plano se negaba a poner en marcha los términos del último acuerdo y suspendía por tiempo indefinido todos los pagos sobre su deuda externa. Los banqueros internacionales no pudieron hacerle a México nada que no le hubieran ya hecho (negarle préstamos) y la vida del país siguió su curso normal. No faltará quien diga que esos eran otros tiempos, a lo que yo respondo, claro, pero, sobre todo, era otra la élite gobernante.

Como se sabe, México habría de reiniciar el pago de su deuda suspendida a causa de la Revolución

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

# Prioridades Nacionales.- Que Regrese

Sigue de la página siete

cuando sus condiciones internas le permitieron hacerlo sin sacrificar su interés nacional. En 1941, Avila Camacho, aprovechando bien la coyuntura creada por la Segunda Guerra Mundial, llegó a un acuerdo con los banqueros internacionales en virtud del cual México les pagaría su deuda —a la que se había quitado ya la parte correspondiente a los ferrocarriles— calculada muy cerca de su valor real, es decir, como a una quinta parte del nominal: 49.6 millones de dólares y en un periodo de 25 años.

Hoy se ve como un paso gigantesco el que México compre, con el aval del Departamento del Tesoro de Estados Unidos, 20 mil millones de dólares de su deuda actual al precio que

ésta realmente tiene en el mercado, y que es de casi la mitad de su valor nominal. Pues bien, esto nada tiene de novedoso. Pese al acuerdo de 1941, para 1945, sin tanto ruido y sin pedir el apoyo de nadie en Estados Unidos, el gobierno mexicano había comprado directamente en el mercado internacional casi la cuarta parte de los devaluados bonos de su deuda externa.

★

**T**ODA esta historia viene a cuento para apoyar la demanda generalizada de una moratoria en nuestra enorme deuda externa, que gracias —entre otras cosas— a la irresponsabilidad de nuestros líderes, es hoy 210 veces superior a aquella que encontraron los sonorenses. El imperialismo era

entonces tanto o más fiero que ahora, pero el instinto de conservación de la élite en el poder —entonces joven y pujante— le dictó que era mejor cumplir con los compromisos internos que con los externos. La historia les dio la razón.

Desde un punto de vista objetivo —a dónde va el dinero del erario mexicano— el gobierno ha sido más solidario con la banca internacional que con el grueso de la sociedad mexicana. En medio de la gran depresión que México vive desde 1982, los únicos que no han perdido nada han sido un puñado de grandes especuladores mexicanos y nuestros acreedores internacionales. México es hoy un gran exportador de capital justo cuando necesita esos recursos para crear los cientos de miles de nuevos empleos que sus

habitantes jóvenes demandan y para evitar que sigan deteriorándose las ya muy precarias condiciones de vida del grueso de su población. Por razones tanto políticas como morales, es necesario que esta situación acabe, y que acabe ya.

Los banqueros que nos prestaron a manos llenas en la época del auge petrolero sabían perfectamente la corrupción que entonces imperaba en nuestro gobierno. Todos ellos eran conscientes de que una parte importante de las divisas que por préstamos ingresaban a las arcas del gobierno mexicano no se usaba de manera productiva. Pero eso no les importó, confiaron en que la irresponsabilidad de la élite política y económica de México estaba respaldada por la explotación masiva de ese gran recurso natural no renovable que es el

petróleo. Sin embargo, sus cálculos fallaron, pues el precio del hidrocarburo cayó y México se ha hundido en una crisis de la que aún no puede salir. Hace tiempo que debimos hacerles pagar a esos banqueros extranjeros su error y su inmoralidad, pero en vez de eso nuestras autoridades han decidido que es preferible sacrificar el bienestar

de los mexicanos sin poder, que el de los poderosos extranjeros.

Necesitamos, aunque sea sólo por un día, que regrese don Pascual, para que les muestre a nuestros gobernantes que no se necesita tener pasta de héroe para decirles no a los banqueros extranjeros, sólo una visión exacta de las prioridades nacionales.